

la noticia de que se acercaba el momento de la catástrofe, repitiendo las mismas palabras del presidente de los franciscanos. Este último había dicho á su gente que no se trata ya, como el 20 de julio, de un simple paseo cívico: que si aquel día había sido la amenaza, el 10 de agosto debía ser el golpe decisivo. En efecto, no se dudaba ya. El rey, la reina, los dos niños y madama Isabel no se habían acostado; después de cenar pasaron á la sala del consejo, donde estaban todos los ministros y un gran número de oficiales superiores. En medio de la mayor turbación se deliberaba sobre los medios de salvar á la familia real; los de resistencia eran escasos, pues los decretos de la Asamblea por una parte y las falsas medidas de la misma corte por otra, los habían suprimido casi todos.

La guardia constitucional, disuelta por un decreto de la Asamblea, no había sido reemplazada por el rey, que prefirió continuar satisfaciendo sus pagas, en vez de formar una nueva: de este modo resultaban mil ochocientos hombres menos para la defensa del palacio.

Los regimientos cuyas disposiciones habían parecido favorables al rey durante la última confederación, no estaban ya en París; se les había alejado por medio de los acostumbrados decretos.

A los suizos no se les pudo alejar, gracias á sus contratas; pero se les quitó la artillería, y cuando la corte resolvió durante un momento huir á Normandía, habíase mandado á este punto á uno de los fieles batallones, bajo el pretexto de vigilar la llegada de los granos. Á este batallón no se le volvió á llamar: sólo algunos suizos, acuartelados en Courbevoie, regresaron con autorización del corregidor, y entre todos no formaban más que un total de ochocientos á novecientos hombres.

La gendarmería se había organizado con antiguos individuos de los guardias franceses, autores del 14 de julio.

Por último, la guardia nacional no tenía los mismos jefes, ni la misma organización, ni la fidelidad de que dió pruebas el 6 de octubre de 1789. El estado mayor se había reformado como ya hemos visto; muchos ciudadanos se disgustaron del servicio, y á los que no desertaron les intimidó el furor del populacho. La guardia nacional se componía, pues, como todos los cuerpos del Estado, de una nueva generación revolucionaria; dividíase, como la Francia entera, en constitucionales y republicanos. Todo el batallón de las Monjas de Santo Tomás y una parte del de los Pequeños Padres estaban por el rey; los demás eran neutrales ó adversarios, y republicanos decididos los artilleros, que constituían la fuerza principal. Las fatigas que ocasiona el servicio de este cuerpo fueron causa de que le abandonaran los individuos ricos ó acomodados; de modo que los cerrajeros y herreros habían quedado dueños de las piezas, y no es necesario añadir que, formando parte del pueblo, compartían sus sentimientos.

El rey no contaba, pues, sino con ochocientos á novecientos suizos, y poco más de un batallón de la guardia nacional.

Ya se recordará que desde la retirada de Lafayette, el mando de la guardia nacional pasaba alternativamente á seis jefes de legión. Correspondíale aquel día al comandante Mandat, antiguo militar, mal visto en la corte por sus opiniones constitucionales, pero que inspiraba,

sin embargo, entera confianza por su energía, sus luces y el celo en cumplir con su deber. Mandat, general en jefe durante aquella noche fatal, había tomado apresuradamente las únicas disposiciones posibles.

El piso de la gran galería que une al Louvre con las Tullerías había sido cortado en cierta extensión para impedir el paso á los sitiadores, y Mandat no pensó más que en proteger aquella ala del palacio, cuidándose principalmente de la parte donde estaban los patios y el jardín. A pesar de la llamada, reuniéronse pocos guardias nacionales; los batallones no se pudieron completar, y únicamente los más celosos individuos se dirigieron solos al palacio, donde Mandat los regimentó, distribuyéndolos con los suizos en los patios, el jardín y las habitaciones; mandó poner un cañón en el patio de los Suizos y tres en el de los Príncipes.

Estas piezas se confiaron desgraciadamente á individuos de la guardia nacional, de modo que el enemigo estaba ya en la plaza; pero los suizos, fieles y animados de intrépido valor, los observaban de cerca, dispuestos á apoderarse de los cañones y expulsar del recinto á los artilleros si no cumplían con su deber.

Mandat apostó además alguna gendarmería en las columnas del Louvre y en el Ayuntamiento; pero, según acabamos de decir, este cuerpo se componía de antiguos guardias franceses.

Á estos defensores del castillo debemos agregar una multitud de antiguos servidores que por su edad ó moderación no habían emigrado, y que en el momento del peligro acudieron presurosos al palacio, los unos para disculparse de no haber ido á Coblenza, y los otros para morir generosamente al lado de su rey. Habíanse provisto á toda prisa de cuantas armas pudieron hallar en el palacio; llevaban sables viejos, pistolas sujetas en la cintura con pañuelos; algunos se apoderaron hasta de los cogedores y tenazas de las estufas; y así es que no escasearon las chanzas en tan terrible momento, en que la corte debió mostrar, al menos por una vez, la gravedad que exigía el caso. Aquella afluencia de personas inútiles, lejos de servir de algo, molestaba á la guardia nacional, que desconfiaba ya, contribuyendo á que fuese mayor aún la confusión.

Todos los individuos del directorio del departamento habían ido al palacio. Hallábase allí el virtuoso duque de Larochehoucauld, y también Roederer, el procurador síndico. Se había enviado á llamar á Petión, que llegó á poco con dos oficiales del Ayuntamiento; y como se le exigiese firmar la orden de rechazar la fuerza con la fuerza, firmóla para no parecer cómplice de los insurgentes. Regocijábanse todos de que estuviera en el palacio, y de tener su persona como una garantía muy apreciada del pueblo; pero advertida la Asamblea del designio, expidió al punto una orden intimando á Petión que se presentase en la barra. Aconsejóse al rey que le retuviera, pero no quiso acceder y dejó salir á Petión de las Tullerías sin oponerle obstáculo.

Una vez obtenida la orden de rechazar la fuerza con la fuerza, emitiéronse diversos pareceres acerca del modo de usar de ella; y en aquel momento de excitación debió concebirse más de un proyecto descabellado. Propúsose uno bastante atrevido, y que fácilmente podía dar buen resultado; era prevenir el ataque dispersando á los insurrectos, que no eran aún muy numerosos, y

que con los marseleses formaban sólo un total de pocos miles de hombres. Efectivamente, en aquel momento no se habían organizado aún los ciudadanos del arrabal de San Marcelo; Santerre vacilaba en el de San Antonio; sólo Dantón y los marseleses habían osado reunirse en los franciscanos, y esperaban con impaciencia en el puente de San Miguel la llegada de sus compañeros.

esta combinación, y ya los jefes de los diversos puntos, y particularmente el del Ayuntamiento, habían recibido de Mandat las órdenes necesarias.

Ya hemos visto que se acababa de formar en el Ayuntamiento una nueva municipalidad; Dantón y Manuel eran los únicos individuos que conservaban sus puestos. Enséñase á esta municipalidad insurrecta la orden de



Santerre

Una salida vigorosa hubiera bastado para dispersar á los marseleses, y en aquel momento de incertidumbre, un movimiento de terror habría impedido seguramente el ataque. Mandat propuso otro plan más seguro y legal, que era esperar la marcha de la gente de los arrabales, para atacarla en dos puntos decisivos apenas se pusieran en movimiento. Cuando los unos desembocasen en la plaza del Ayuntamiento por el arco de San Juan, se les cargaría de pronto, haciéndose lo mismo en el Louvre con aquellos que llegasen por el Puente Nuevo y el pretil de las Tullerías. Al efecto, dispuso que la gendarmería, situada en la Columnata, dejase desfilar á los insurrectos, atacándolos después por la espalda, mientras que otra parte de dicha fuerza, apostada en el Carrusel, caería sobre ellos por los postigos del Louvre acometiéndoles de frente. Era casi seguro el éxito de

Mandat, y al verla, intima al comandante á presentarse; llévase esta contestación al palacio, donde se ignora que se ha formado un nuevo ayuntamiento; Mandat vacila, pero los que le rodean, y los mismos individuos del departamento, no sabiendo lo ocurrido y pareciéndoles que no se debía infringir aún la ley por una negativa, invítanle á presentarse. Mandat se decide; entrega á su hijo, que estaba con él en palacio, la orden de rechazar la fuerza con la fuerza, firmada por Petión, y se dirige á la municipalidad, obedeciendo á su intimación. Eran las cuatro de la madrugada: apenas llega Mandat al Ayuntamiento, sorpréndele ver una nueva autoridad; todos le rodean al punto; interróganle acerca de la orden que había dado, y se le despide después; pero cuando se retira, el presidente hace una señal siniestra que es una sentencia de muerte. En efecto, apenas ha sali-

do el infeliz comandante, apodéranse de él y le disparan un pistoletazo. Después le despojan de sus ropas, para buscar la orden que había entregado á su hijo, y no encontrándola, arrojan su cuerpo al río, donde debían seguirle muy pronto tantos cadáveres.

Aquel acto sangriento paralizó todos los medios de defensa del palacio, produciendo la desunión é impidiendo que se llevase á cabo el plan propuesto. Sin embargo, no se había perdido todo aún, pues la insurrección no estaba del todo organizada. Los marseleses, después de esperar con impaciencia la llegada de la gente del arrabal de San Antonio, que no venía, creyeron un momento que se había frustrado el golpe; pero Wéstermann, dirigiendo la punta de su espada al pecho de Santerre, le obligó á marchar. Los ciudadanos de los arrabales comenzaban á llegar entonces sucesivamente, unos por la calle de San Honorato, y otros por el Puente Nuevo, el Puente Real y los postigos del Louvre. Los marseleses marchaban á la cabeza de las columnas con los confederados bretones, y habían apuntado ya sus piezas contra el palacio. Al gran número de insurrectos, que aumentaba á cada instante, agregóse una multitud de curiosos; de modo que el enemigo parecía mucho más formidable de lo que en realidad era.

Mientras que aquellas fuerzas se dirigían al palacio, Santerre corrió al Ayuntamiento para que se le nombrase comandante en jefe de la guardia nacional, y Wéstermann quedó en el campo de batalla á fin de dirigir el ataque.

Reinaba por doquiera extraordinaria confusión, hasta el punto de que el corregidor, cuya casa debía cercar una fuerza de insurrectos, según el plan convenido, á fin de poner á cubierto su responsabilidad, esperaba todavía la gente que debía simular el arresto. Fué necesario que enviara el aviso al Ayuntamiento, y al fin llegaron algunos centenares de hombres para rodear la casa.

En aquel instante estaba el palacio completamente cercado: los sitiadores ocupaban la plaza, y á favor de los primeros albos de la aurora veíanse por las rendijas de las antiguas puertas de los patios, distinguiéndose desde las ventanas sus cañones apuntados contra el palacio, y oyéndose también sus confusos gritos y amenazadores cantos. Habíase querido poner en práctica el proyecto de anticiparse al ataque; pero cuando se supo la muerte de Mandat, los ministros y el departamento opinaron que se esperase el ataque á fin de mantenerse hasta lo último dentro de los límites prescritos por la ley.

Reederer acababa de recorrer las filas de aquella guarnición, dando á los suizos y á los guardias nacionales la proclama legal que les prohibía acometer, pero sí rechazar la fuerza con la fuerza. Invitóse también al rey á pasar revista por sí mismo á los servidores que se disponían á defenderle. El infeliz príncipe había pasado la noche escuchando los diversos pareceres que se emitían á su alrededor, y en sus escasos momentos de reposo, rogó al cielo por su esposa, sus hijos y su hermana, principales objetos de todos sus temores. «Señor, le dijo la reina con energía, este es el momento de presentarse.» Asegúrase también que arrancando una pistola del cinto del anciano d'Affry, se la presentó con viveza al rey. Los ojos de la princesa estaban enrojecidos por las

lágrimas; pero su frente parecía serena, y el orgullo y la cólera dilataban su nariz. En cuanto al monarca, nada temía por su persona, y hasta daba pruebas de una gran sangre fría en aquel inminente peligro; pero temía por su familia, y el dolor que le causaba verla expuesta de aquel modo había alterado sus facciones. Presentóse, sin embargo, con serenidad; vestía un traje de color violado y llevaba su espada, reconociéndose por el desorden de su cabello que no le había peinado desde la víspera. Al presentarse en el balcón, contempló sin inmutarse la formidable artillería apuntada contra el palacio: su presencia produjo todavía un resto de entusiasmo; los granaderos elevaron sus gorras en las puntas de los sables y de las bayonetas; y bajo las bóvedas del palacio paterno resonó por última vez el antiguo grito de «¡viva el rey!» Un resto de valor reanimó los espíritus; los desfallecidos corazones se enardecieron, y aun se abrigaron esperanzas por un momento. En aquel mismo instante llegaron los nuevos batallones de la guardia nacional, formados más tarde que los otros, y que obedecían á la orden dada por Mandat; entraban cuando se oían todavía los gritos de ¡viva el rey!; pero mientras los unos se reunían á los que saludaban así la presencia del monarca, los otros, que no eran de la misma opinión, se creyeron en peligro, y recordando todas las fábulas populares que se habían circulado, creyeron que iban á ser víctimas de los *caballeros del puñal*. Como comenzasen á gritar que el infame Mandat los había vendido, produjeron una especie de tumulto, é imitando los artilleros el ejemplo, volvieron sus piezas contra la fachada del palacio. Suscitóse entonces una contienda con los batallones fieles, y habiéndose desarmado á los artilleros, confióse su custodia á un destacamento, dirigiéndose hacia los jardines á los recién llegados.

Después de haberse presentado en el balcón, el rey bajó para pasar la revista en los patios: anúnciase su llegada; todos los individuos vuelven á sus filas; Luis XVI cruza entre ellos con sereno continente, dirigiendo á todos expresivas miradas que penetran en los corazones. Al dirigir la palabra á los soldados, dícele con tranquila voz que le comueve su fidelidad, que permanecería á su lado, y que al defenderle á él mismo defendían á sus mujeres y sus hijos. Después pasa por debajo del vestíbulo para dirigirse al jardín, pero en el mismo instante oye el grito de ¡abajo el *vetol*!, lanzado por uno de los batallones que acaban de entrar; los dos oficiales que van á su lado quieren impedirle que pase la revista en el jardín, invitándole otros á visitar el puesto de Pont-Tournant, en lo cual consiente con valor; pero debe cruzar el terrado de los fuldenses, obstruído por el pueblo. Durante aquel trayecto no le separa de la furiosa multitud más que una cinta tricolor; á pesar de ello avanza, oyendo impávido los insultos y ultrajes que le dirigen, y hasta ve desfilar los batallones delante de él, recorrer el jardín é ir á reunirse con los sitiadores que ocupan la plaza del Carrousel.

Esta deserción, la de los artilleros, y los gritos de ¡abajo el *vetol*!, arrebataron toda esperanza al rey. En el mismo instante, los granaderos reunidos en la Columnata del Louvre y en otros puntos se habían dispersado ó se hallaban ya entre el pueblo; la guardia nacional situada en las habitaciones, y con la cual se creyó poder



MADAMA ROYAL. — EL DELFÍN